

# El cultivo de las Ciencias Humanas en el *Centro de Estudios Históricos* de la JAE

Leoncio LÓPEZ-OCÓN CABRERA  
Instituto de Historia-CSIC

Recibido: octubre 2006

Aceptado: diciembre 2006

## Resumen

El Centro de Estudios Históricos fue la primera institución creada por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE) para promover el conocimiento del pasado de las sociedades hispanas. El Centro desempeñó un papel singular en la renovación de los métodos y de las técnicas historiográficas, y en la configuración de una escuela de filología española, liderada por su principal figura intelectual, Ramón Menéndez Pidal. En él también desarrollaron una importante labor otros investigadores como Américo Castro y Tomás Navarro Tomás. Pero, además de ser una agregación de laboratorios para cultivar las ciencias humanas y sociales, esa institución llevó a cabo también una labor formativa y de extensión educativa, mediante la organización de seminarios o de cursos de español para extranjeros.

**Palabras claves:** Centro de Estudios Históricos, JAE, escuela de filología española, laboratorios de ciencias humanas, redes de comunicación científica

## Summary

The *Centro de Estudios Históricos* was the first institution created by the Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE) with the aim to spread out the knowlegment of the past of the hispanic society. It played a very special role in the renovation and development of historiographic methods, and in the configuration of a spanish school of Filology led by Ramón Menéndez Pidal. Other remarkable researchers were Américo Castro and Tomás Navarro Tomás. But the *Centro de Estudios Históricos* was not only a set of laboratories for the study of human and social sciences. The activities of this institution also promoted the educational innovation by the organisation of seminars, or courses of Spanish for foreigners.

**Key Words:** Centro de Estudios Históricos, JAE, Spanish school of Filology, laboratories for the study of humanities, networks of scientific communication.

El Centro de Estudios Históricos (CEH), creado en 1910 por la *Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas* (JAE), se convertiría con el paso de los años en una de las instituciones científicas más importantes en el panorama cultural español del primer tercio del siglo XX, y en uno de los lugares de cultivo de las Ciencias Humanas y Sociales donde el “desmoche” producido por la guerra civil

tuvo efectos más devastadores (Claret, 2006). En sus vicisitudes pueden ejemplificarse las discontinuidades que han distinguido estructuralmente el desenvolvimiento de las actividades científicas en la sociedad española, caracterizadas por lo que cabe denominar un proceso de “guadianización” (López-Ocón, 2003). Así, por ejemplo, esa tensión entre continuidades y discontinuidades en el seno de las dependencias de lo que fue la última sede del *Centro de Estudios Históricos*, ubicada en la madrileña calle de Duque de Medinaceli, se ilustra con el siguiente hecho. A mediados de la pasada década, hacia 1994, al poner orden en sus dependencias un nuevo equipo de responsables de la Biblioteca General de Humanidades, heredera de la antigua biblioteca del *Centro*, encontró en un antiguo depósito de duplicados, llenos de polvo y apilados de mala manera, materiales históricos de gran valor, como una amplia correspondencia del filólogo José F. Montesinos<sup>1</sup>. También hallaron materiales iconográficos que pertenecieron al naturalista y americanista Marcos Jiménez de la Espada, y que custodió en las dependencias de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, ubicadas en la misma sede del CEH, su hijo, el pedagogo institucionista Gonzalo, hombre de confianza y brazo derecho del influyente secretario de la JAE, José Castillejo<sup>2</sup>.

¿Por qué estaba ahí esa valiosa documentación, desgajada del fondo originario del archivo Jiménez de la Espada, que se custodia en ese depósito? No se sabe. Se conoce, gracias al testimonio de Rafael Lapesa, las circunstancias en las que se salvó parte del patrimonio cultural acumulado en la sede del CEH durante la década de 1930, en los aciagos días del otoño de 1936, en el que el Madrid republicano estaba cercado por las tropas franquistas (Lapesa, 1979, 77):

...A primeros de noviembre (de 1936) las planas mayores de la Junta para Ampliación de Estudios y del Centro se trasladaron a Valencia, más adelante a Barcelona... El Centro permaneció unas semanas prácticamente abandonado, a riesgo de que los bombardeos o la instalación de cualquier entidad militar o política dieran al traste con los libros y materiales de investigación. A fines de diciembre o primeros de enero logré que a un grupo de colaboradores de la Junta y profesores del Instituto Escuela, movilizados todos para servicios auxiliares, se nos encomendase proteger los locales de Medinaceli, 4. Bajamos a los sótanos los ficheros, originales y demás documentación, y establecimos un turno para, con las armas de la palabra, pues no teníamos otras, salir al paso de posibles allanamientos... Movilizado nuevamente en 1938, dejé aquella especie de secretaría en manos del modelo de noble humanidad que fue don Benito Sánchez Alonso; pero seguí frecuentando el Centro cada vez más despoblado. Y confieso que, deambulando por aquellos despachos y

---

<sup>1</sup> Se encuentra depositada actualmente en la Unidad de Archivo y Documentación del Instituto de Historia del CSIC.

<sup>2</sup> Se ha procedido a una recuperación y revalorización de esa masa documental gracias a diversos proyectos de investigación, coordinados por el autor de este artículo, y financiados por la Comunidad de Madrid, y los Ministerios de Ciencia y Tecnología, y de Educación y Ciencia, que han permitido construir un portal en Internet ([www.pacifico.csic.es](http://www.pacifico.csic.es)) donde están visibles las colecciones documentales y científicas de Marcos Jiménez de la Espada y sus compañeros de la Comisión Científica del Pacífico, una expedición de naturalistas españoles que recorrió tierras americanas entre 1862 y 1865.

pasillos solitarios, lloré más de una vez, convencido de que, cualquiera que fuese la suerte de la contienda, el Centro y su espíritu no sobrevivirían.

Ese *Centro de Estudios Históricos*, que en efecto no sobrevivió a la catástrofe de aquella guerra “incivil”, ha merecido diversos estudios, de los que se va a dar cuenta en la primera parte de este texto, los cuales han analizado fundamentalmente por qué esa institución fue un lugar señero en el cultivo de las Ciencias Humanas y Sociales en el primer tercio del siglo XX. Pero su estudio necesita de nuevas estrategias de investigación, como se planteará al final de esta contribución, en la que se propondrá que el CEH puede ser contemplado como un conglomerado de laboratorios, productores de hechos científicos, que se diseminan a través de redes de comunicación, siguiendo los planteamientos de sociólogos de las ciencias como Michel Callon (1989)<sup>3</sup>. Es en el marco de esas redes comunicativas donde cabe inscribir la notable labor formativa y de extensión educativa que realizó ese lugar señero en el cultivo de las ciencias humanas y sociales a través de seminarios, como los impartidos por Rafael Altamira sobre metodología de la historia entre 1910 y 1918, organizando cursos de español para extranjeros o poniendo en marcha una institución tan original como fue la Universidad Internacional de Santander, precedente de la actual Universidad “Menéndez Pelayo”, en la que tuvieron participación destacada diversos integrantes del *Centro de Estudios Históricos* como Pedro Salinas, según se expondrá en las páginas siguientes.

### **Un lugar, una escuela, un hogar**

*Grosso modo* podemos señalar que disponemos de tres tipos de estudios sobre lo que fue y significó en el panorama de la cultura española en general y en el desarrollo de las ciencias humanas en particular el *Centro de Estudios Históricos*. Cada uno de ellos ha puesto el énfasis sobre alguno de los aspectos que caracterizaron la vida de esa institución: ser un lugar donde se cultivó con brillantez diversas ciencias humanas, tener la capacidad de crear una escuela de pensamiento y trabajo colectivo, sobre todo en el campo de la Filología, y actuar como una plataforma de acción cultural de una de las corrientes de pensamiento influyentes de la España contemporánea, como fue la krausista-institucionista, creadora de un patriotismo español abierto a corrientes europeístas y cosmopolitas.

### **Un lugar para cultivar las ciencias humanas y sociales**

El primer tipo de estudios estaría representado por los testimonios de los actores, es decir, de quienes fueron protagonistas y testigos directos de su funcionamiento. De su combinación podríamos formar una especie de calidoscopio de la institución.

---

<sup>3</sup> Una discusión de los planteamientos de este autor puede verse en Lafuente y López-Ocón (1997).

Se trata, fundamentalmente, de las evocaciones efectuadas por dos de los discípulos de Menéndez Pidal -el hombre fuerte del CEH durante la mayor parte de su existencia-, los filólogos Tomás Navarro Tomás (1968-1969) y Rafael Lapesa (1979), o por el historiador del arte José Moreno Villa (1944). La historiografía actual ha concedido con toda razón un especial valor a esas evocaciones, por la información de primera mano que ofrecen sobre la ecología del conglomerado de laboratorios sobre los que se organizó el originario *Centro de Estudios Históricos*<sup>4</sup>. Unos y otros ofrecen datos insustituibles sobre la organización interna, la atmósfera intelectual y los programas de trabajo generados en sus diferentes secciones, que en los inicios de la andadura de la institución eran siete, presididas por otros tantos responsables (mencionados entre paréntesis): Instituciones sociales y políticas de León y Castilla (Eduardo Hinojosa), Trabajos sobre arte medieval español (Manuel Gómez Moreno), Orígenes de la lengua española (Ramón Menéndez Pidal), Metodología de la historia (Rafael Altamira), Investigaciones de las fuentes para la historia de la filosofía árabe española (Miguel Asín Palacios), Investigaciones de las fuentes para el estudio de las instituciones sociales de la España musulmana (Julián Ribera), y Los problemas del derecho civil en los principales países del siglo XIX (Felipe Clemente de Diego).

Todos ellos insisten en las cualidades positivas de ese lugar en el que se cultivaron las Ciencias Humanas: contribuyó a desarrollar la cultura de la precisión, mediante el cultivo del primor del detalle, en una sociedad dada a la charlatanería y a las chácharas de café, y a estimular un estilo de respeto mutuo en la discusión y el debate para construir, junto a otras instituciones científicas dependientes de la JAE, un discurso científico de carácter civil que civilizase la sociedad española y ayudase a aunar unas elites que tendían a estar desunidas y distantes (Glick, 1979).

Ahora bien, existe otro testimonio que ofrece un contrapunto a la visión en cierta medida edulcorada que nos legaron los constructores del CEH, y que a pesar de su tendenciosidad conviene tener en cuenta, pues revela que en esa institución (co-

---

<sup>4</sup> Para hacerse una idea de la calidad de estas evocaciones reproduzco cómo recordaba hacia 1968 Tomás Navarro Tomás los tiempos fundacionales del CEH: "Al Centro se le dio alojamiento en unas grandes y desmanteladas salas de la planta baja del edificio de la Biblioteca Nacional, en el Paseo de Recoletos. El espacioso local había sido recientemente desocupado por el Museo de Ciencias Naturales, trasladado al Palacio de Bellas Artes, en los altos del Hipódromo (...) Algunas secciones del Centro aparecían irónicamente bajo los epígrafes que el Museo había dejado, con grandes capitales, en los frontis de las altas puertas: MAMIFEROS, PECES, AVES, REPTILES, etcétera. Los primeros jóvenes que se agruparon alrededor de cada maestro fueron Américo Castro, Federico de Onís y yo mismo, en la de Filología; Ricardo de Orueta, Francisco Sánchez Cantón, José Moreno Villa y Enrique Lafuente Ferrari, en la de Arqueología y Arte; Pedro Longás, Angel González Palencia y Maximiliano Alarcón, en la de Estudios Arabes; y Claudio Sánchez Albornoz, Aurelio Viñas y José María Ots Capdequí, en la de Instituciones Medievales (...) La Junta para Ampliación de Estudios no estableció estatutos ni reglamento alguno para el funcionamiento del Centro. Cada profesor escogió libremente sus alumnos. El ingreso no llevaba consigo ningún nombramiento especial. Tampoco el Centro concedía títulos o certificados que dieran derecho a participar en oposiciones o concursos a cátedras u otros puestos de servicios públicos". Navarro Tomás (1968-1969, 10-11).

mo en cualquier otra) hubo también momentos de pugna académico-política para ejercer el predominio o liderazgo de un campo científico, lo que se traduce, en un gran número de ocasiones, en un dominio institucional. Se trata de la furibunda crítica, llena de rencor, que hiciese el entonces arabista falangista González Palencia en un libelo, publicado en San Sebastián en 1940, en el que acusó a sus antiguos colegas del CEH de sectarios, y sacó a colación las malas artes desplegadas por José Castillejo en la famosa oposición de 1916 que provocó la salida del *Centro de Estudios Históricos* de los arabistas<sup>5</sup>.

¿Pero fue tan difícil la convivencia entre católicos e institucionistas como apunta este falangista en un momento histórico tan lleno de revanchismo y de odio al enemigo como sucedía en 1940? ¿O este observador también cae en el sectarismo que combate y carga las tintas? Ya se ha comentado que el CEH intentó ser pluriideológico. Que esa intención se concretase en su funcionamiento diario merece quizás ser investigado con más detenimiento. En todo caso, diversos hechos quizás prueben que esa convivencia sí fue posible, y que la colaboración entre unos y otros pudo ser llevada a cabo. Así, el católico Asín Palacios participó en el proyecto del “Archivo de la Palabra” que impulsó el filorrepblicano Navarro Tomás en los primeros años de la década de 1930. Durante la guerra civil Navarro Tomás, máximo responsable del CEH en ese momento, tuvo gran interés en editar publicaciones de colaboradores católicos como el sacerdote Vicente Blanco, según habrá ocasión de comprobar más adelante. Y, sobre todo, la necrológica que publicó Claudio Sánchez Albornoz (1944) en su exilio argentino de su maestro y amigo Miguel Asín es una prueba irrefutable de que el respeto mutuo que intentó impulsar el núcleo liberal del CEH fue llevado a la práctica en circunstancias dolorosas y adversas. De ahí que no anden descaminados, en nuestra opinión, quienes han tendido a ver la labor de Ramón Menéndez Pidal, y por ende la del *Centro de Estudios Históricos*, como la de un pontífice, un hacedor de puentes entre unos y otros sectores y segmentos sociales, ideológicos y culturales, gracias a una voluntad abarcadora e integradora de las diversas Españas (Díaz Plaja, 1967, 16).

---

<sup>5</sup> Quizás sea conveniente reproducir algunas de las opiniones y juicios de ese observador (Palencia, 1940, 192): “En 1916 cesó la actividad de las secciones de Arabe, por la original idea que el secretario de la Junta tenía de la función de un vocal de oposiciones a cátedras, si el opositor era el secretario”. Y prosigue sus ataques con consideraciones de esta índole (pp. 194-195): “(...) Las revistas, en especial la de Filología, adolecen del defecto de parcialidad sectaria. Acostumbraba a silenciar las publicaciones de personas de derechas. Por ejemplo, no dio cuenta de los originalísimos trabajos de don Julián Ribera acerca de los orígenes de la lírica y de la épica castellanas, y de la música, no obstante estar tan íntimamente relacionados con su especialidad. Calló igualmente la aparición del libro de don Miguel Asín Palacios acerca de las relaciones de la *Divina Comedia* con la literatura islámica, uno de los libros de más resonancia en la literatura comparada de Europa en lo que va de siglo. No dijo haberse publicado la *Historia de la Literatura española*, de don Juan Hurtado, catedrático de Madrid, a pesar de llevar ya tres ediciones el libro y de la aceptación que supone haber vendido cerca de 20.000 ejemplares hasta el principio del Movimiento desde 1922. Pero ¿qué más da? Jamás ha honrado sus páginas bibliográficas con la reseña de ningún libro de Menéndez y Pelayo. Y eso que el director de la Revista se decía su principal discípulo”.

### Una escuela española de Filología

La segunda línea de análisis historiográfico agruparía a aquel tipo de estudios que han insistido en la capacidad que tuvieron determinados elementos y secciones del *Centro de Estudios Históricos* en crear una escuela. Cabe identificar a su vez esta línea historiográfica con dos tipos de análisis. Por un lado, estarían los efectuados por quienes han realizado aportes diversos al dar cuenta de la capacidad que tuvo Ramón Menéndez Pidal tanto como responsable, en un principio, de la sección Orígenes de la lengua española, como director posteriormente de todo el conglomerado del *Centro*, para crear una Escuela Española de Filología. Por otro lado, hay que tener en cuenta a los historiadores de las ideas lingüísticas, que han puesto el énfasis en las contribuciones del CEH al desarrollo de los paradigmas dominantes en ese campo de conocimiento, como fueron el positivista y el idealista. Veamos sucintamente las principales aportaciones de cada una de estas líneas de análisis historiográfico.

En el primer subgrupo estarían los protagonistas del desarrollo de esa Escuela Española de Filología, que han tendido a dejar testimonio de su quehacer científico y se han esforzado en analizar los “cómos” y “porqués” del desarrollo de esa escuela. Teniendo en cuenta que el magisterio de Menéndez Pidal influyó en sucesivas oleadas de filólogos, los análisis disponibles sobre las características del desarrollo de esa escuela son numerosos. Pero quizás convendría destacar los estudios al respecto que han ofrecido en diversas ocasiones el ya mencionado Rafael Lapesa, así como Dámaso Alonso y Diego Catalán, nieto y estrecho colaborador de D. Ramón en la posguerra.

Diversos son los elementos que subrayan estos estudiosos como importantes en la constitución y desarrollo de una Escuela Española de Filología surgida en el seno del CEH gracias al magisterio de Menéndez Pidal.

Según su opinión, la Escuela pudo formarse porque los filólogos del CEH trabajaron en equipo. Había una continua consulta con el director, Ramón Menéndez Pidal, y una constante comunicación de unos colaboradores con otros. Existía una distribución de tareas individuales dentro de parcelas más amplias. Y se intervenía en trabajos colectivos, entre los que cabe destacar:

- la formación de un Atlas lingüístico de la Península Ibérica que fuese para las lenguas iberorrománicas lo que para las galorrománicas fue el *Atlas linguistique de la France* de Gilliéron y Edmont. Esta tarea se encomendó a fines de la década de 1920 a Tomás Navarro Tomás
- el acopio de textos para una *Crestomatía* que sirviese al estudio del español medieval
- la colección “Teatro Antiguo Español”
- y el *Tesoro Lexicográfico* (1492-1726), gran obra dirigida y elaborada por Samuel Gili y Gaya e iniciada en la década de 1920. Su objetivo era crear un

corpus en el que se reuniesen las definiciones y noticias dadas a palabras españolas por los vocabulistas nacionales y extranjeros durante la edad de oro de las letras hispanas, concediéndose una importancia especial a los vocabularios técnicos que abarcaban desde el campo de la botánica o de la medicina hasta el de la náutica. La magnitud de ese proyecto está atestiguada por las 268.000 papeletas, 55.000 artículos y 93 diccionarios que formaban parte de ese *Tesoro*, que como otras tantas empresas del CEH fue marcada por la tensión entre la continuidad y discontinuidad que afecta a la cultura científica que se ha hecho en este país. Impresos en 1936 los 20 primeros pliegos, el conflicto bélico interrumpió su edición, que se reanudó en 1947. Pero entre ese año y 1957, en el que se truncó definitivamente la labor de edición, sólo se publicaron los fascículos del primer volumen, que comprende desde la A hasta la E.

Otro hecho definitivo en la consolidación y crecimiento de la Escuela fue el prestigio que adquirió en los medios académicos del hispanismo internacional el principal órgano de expresión del *Centro de Estudios Históricos*, cual fue la *Revista de Filología Española*. Falta por hacer un estudio exhaustivo, tanto bibliométrico como cualitativo, del alcance y significación de esa publicación que entre 1914 y 1924 era el único estandarte del CEH hasta que apareció en 1925 el primer número de *Archivo Español de Arte y Arqueología*.

De todas maneras, sabemos que fue fundamental en su concepción y mantenimiento la labor rigurosa de Tomás Navarro Tomás, verdadero impulsor y *factotum* de esa publicación, diseñada conforme a los patrones académicos de las principales publicaciones filológicas de la época. De hecho, gracias a la calidad de la *Revista de Filología Española* en particular, y de las publicaciones del CEH en general, esta institución se convirtió en un nudo de comunicaciones científicas de la Filología hispánica. No solo el *Centro* fue visitado por destacados hispanistas de Europa y América, sino que también esa institución fue capaz de enviar a investigadores formados en su seno a crear nuevas instituciones en tierras americanas o a impartir clases de lengua y literatura española en prestigiosos ámbitos académicos norteamericanos y de Puerto Rico<sup>6</sup>. Así, Federico de Onís desplegó sus actividades en la Universidad de Columbia y el Instituto de las Españas de Nueva York, Solalinde lo hizo en la Universidad de Wisconsin y Amado Alonso se encargó, a partir de 1927, de la dirección del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires.

Y destacan además esos estudiosos porque la capacidad de crecimiento que tuvieron los filólogos del CEH no afectó a su cohesión como grupo. Tal expansión fue notable a lo largo de la existencia del *Centro*. Si en 1915 había once filólogos por 32 investigadores del resto de las secciones, en 1924 la relación de fuerzas se

---

<sup>6</sup> Ver al respecto los diversos trabajos compilados en el libro coordinado por Consuelo Naranjo *et al.* (2002).

había invertido: había 27 filólogos frente a 17 investigadores de las otras secciones. Y en 1934 la sección de Filología, con 37 miembros, era la más numerosa sobre un total de 89 investigadores.

En un segundo subgrupo de estudios efectuados sobre el papel desempeñado por el *Centro de Estudios Históricos* en la formación y desarrollo de una Escuela de Filología Española, hay que incluir a quienes han dedicado sus investigaciones a esclarecer las contribuciones originales de Menéndez Pidal y la pléyade de sus discípulos al desarrollo de la Filología hispánica, y a analizar sus aportaciones a las Ciencias Humanas en el campo de la Lingüística y de la Literatura.

Entre estos trabajos cabe destacar tanto el estudio de Jose Portolés (1986) sobre la construcción de la disciplina de la Filología española entre 1896, fecha de la publicación de *La leyenda de los infantes de Lara* por Menéndez Pidal (que suscitó una entusiasta crítica de Morel Fatio<sup>7</sup>), y 1952, momento de la muerte de Amado Alonso, como las diversas aportaciones de Francisco Abad, entre las que sobresale su *Diccionario de lingüística de la escuela española*, donde incluye una selecta bibliografía sobre las realizaciones y los protagonistas de esa escuela (Abad, 1986).

Ambos autores, aun con diferencias de criterio entre ellos, se han esforzado en mostrar cómo esos constructores de la disciplina de la Filología la elevaron a planteamientos teóricos propios partiendo desde cimientos documentales. Esa escuela de Filología evolucionó desde el positivismo al idealismo. Desentrañar los procedimientos cognoscitivos por los que alcanzaron notables resultados los padres fundadores de la Filología española es, por ejemplo, uno de los méritos del trabajo de Portolés (1986), mientras que Abad insiste en diversas partes de su obra (1986, pp. 31-32) en subrayar y valorar las especificidades de las contribuciones de esa escuela al estudio del lenguaje, de las que llega a enumerar diecinueve aportaciones.

La Ciencia filológica del primer Menéndez Pidal estuvo impregnada de los avances metodológicos del positivismo decimonónico, como se aprecia en su afán, imitado de su maestro Gaston Paris, de hacer una búsqueda exacta de los textos, tarea que le impulsó a ordenar la sucesión de diferentes manuscritos de un mismo texto, trepando por esa escala de manuscritos, seguro de llegar al original primero tal como salió de las manos del autor. Ese joven Menéndez Pidal se empapó, tal y como ha destacado Dámaso Alonso (1979), de lo que la atmósfera positivista exigía de un investigador: rigor, precisión, análisis pormenorizado, inducción de conclusiones modestas apoyadas en sólidos y múltiples puntos. Y ese joven investigador salió al campo filológico con una doble convicción. El estudio lingüístico y el literario eran sólo diferen-

---

<sup>7</sup> Al hacer la reseña de esa obra este hispanista francés, en efecto, manifestó lo siguiente: "Si en España se lee este libro, si se le comprende, puede provocar un verdadero renacimiento de los estudios filológicos e históricos. Los jóvenes, sobre todo, aprenderán en él, que nada, ni aun las dotes más brillantes, puede reemplazar al trabajo metódico, la escrupulosidad en las investigaciones y el prurito constante de la exactitud". Citado por Dámaso Alonso (1979, 23).



tes aspectos de un mismo objeto: el lenguaje; y la perspectiva de esos análisis lingüísticos y literarios debía de ser histórica. Su anhelo se cifraba en conocer las modalidades de la expresión española a lo largo de los siglos. Es decir, la Filología científica se convirtió en una herramienta para la interpretación de la historia hispana.

Pero en las primeras décadas del siglo XX se produjo un movimiento contra el positivismo. Una serie de pensadores, entre los que destacan Windelband, Rickert y Dilthey, pretendieron desarraigar la metodología naturalista de las ciencias del espíritu y pusieron el énfasis en la conveniencia de que las Ciencias humanas estudiaran la singularidad del hecho histórico, cuestión que no había sido tomada en cuenta por el positivismo. Esta reacción antipositivista afectó también a quienes cultivaban los estudios lingüísticos en el *Centro de Estudios Históricos*. Esa transición del positivismo al idealismo se manifiesta con claridad en la obra de Américo Castro, uno de los discípulos predilectos de Menéndez Pidal. Sus comienzos fueron positivistas, como se aprecia en su tesis doctoral “Contribución al estudio del dialecto leonés de Zamora”, leída el 13 de octubre de 1911, y hecha según un patrón filológico positivista: tenía un estudio gramatical, esencialmente fonético, y una edición paleográfica de los textos estudiados. Pero en los años siguientes, desde que se hizo responsable de la sección de Lexicografía del *Centro*, se preocupó no sólo por los cambios fonéticos, sino también por los cambios del significado, al encontrar en la semántica un ámbito de trabajo en el que pudo desarrollar sus inquietudes sobre el aspecto espiritual del lenguaje y el papel desempeñado por los cambios de la vida social en la evolución histórica de ese lenguaje. Y, así, en la década de 1920 inaugura una nueva historiografía literaria. Se desinteresa de la forma para centrarse en la interpretación de la obra a partir de las coordenadas culturales del momento histórico en que se produce. Y subraya el hecho de que los grandes autores literarios son símbolos de la vida colectiva, poniendo el énfasis en el hecho de que la obra literaria se caracteriza por establecer un proceso de comunicación entre un individuo y el público.

### *Un hogar de patriotismo*

Una tercera corriente historiográfica estaría formada por quienes, desde el ámbito de la historia de la cultura o historia intelectual, han analizado al CEH como una plataforma de acción cultural nacionalista de los institucionistas, o han prestado atención a las actividades que desarrollaron sus miembros cuando se desencadenó la guerra civil. Me refiero, fundamentalmente, a contribuciones de Javier Varela (1993) e Imman Fox (1997), que han insistido en el papel desempeñado por los integrantes del CEH, y, en particular, por Menéndez Pidal, en la construcción de una imagen “castellanista” de la historia de España, y al estudio de Prudencio García Insasti (1996) sobre las actividades del CEH durante la guerra civil.

La constatación de García de Valdeavellano (1978, 148), historiador formado en el CEH, de que en ese lugar “se buscaba con paciente afán, silenciosa y tenazmen-

te, el auténtico ser histórico de la patria en su lenguaje, en su literatura, en sus viejos cantos y romances, en su arte y arqueología, en sus instituciones y su derecho, en sus costumbres, en su música popular”, y de que “contemplando aquellos ficheros del Centro de Estudios Históricos se tenía la sensación de que allí estaba encerrado, para mejor conocerlo, el espíritu mismo de España”, ha llevado a Javier Varela (1993) a sostener, con toda razón, que el CEH fue no solo un lugar de reunión y formación de élites intelectuales, sino también un hogar de patriotismo. De hecho, en su opinión, la búsqueda porfiada de la tradición, espíritu o carácter diferencial de la cultura española fue el punto de unión de todas las actividades del *Centro de Estudios Históricos*. Todas las secciones del *Centro* se vieron afectadas por ese mismo impulso patriótico que orientó las investigaciones de los historiadores, fuese cual fuese su área de especialización. Así, en el campo de la musicología, Rafael Mitjana insistió en estudiar a los maestros españoles según su habilidad para expresar con su música la “peculiar manera de ser” española; o según fuera o no una “genuina manifestación del genio nacional”.

En esa búsqueda de la autenticidad nacional convergían dos influencias en los hombres del CEH: el patriotismo liberal de raigambre institucionista y el nacionalismo romántico que inspiró diversas ideas fuerza de la obra historiográfica de Menéndez Pidal, como los conceptos de “tradicionalidad” y “latencia”.

Los pedagogos institucionistas, como Giner y Cossío, estimularon “el amor patrio a la tierra y a la raza” mediante diversos procedimientos, entre los que destacó el fomento de las excursiones, sobre todo a la sierra de Guadarrama, “espinas dorsal” de España. Esos desplazamientos telúricos se convirtieron en un método de trabajo predilecto de los hombres del CEH. Todos los biógrafos de Menéndez Pidal, y Javier Varela (1993), insisten en ello, coinciden en que tenía una comezón andariega, inquietud que se transmitió a sus numerosos discípulos. Fue a través de esos viajes como surgió y se desplegó una conciencia histórica de raíces románticas, en la que se producía una vinculación necesaria entre el sujeto individual y una cadena cultural, organismo social o tradición colectiva. De ahí que la idea fuerza de su obra historiográfica sea la de la tradicionalidad de la literatura española, y por ende la de España, al mostrar a lo largo de décadas de investigación el enlace hechos históricos-cantares de gesta-crónicas en la literatura medieval española y la continuación de la tradición épica española en el teatro del siglo de Oro, mediante el gozne de la obra de Lope de Vega. Pero esa tradición era inexplicable sin la noción de “latencia”, sin la existencia de “estados latentes” en cualquiera de los aspectos de la cultura humana colectiva, según ha subrayado Dámaso Alonso. La labor de Menéndez Pidal como investigador fue precisamente trabajar sobre las partes sumergidas de los Guadianas de la tradición literario-lingüística española, descubrir la corriente subterránea, el fluir que antes no se veía. Dos siglos de lengua escondida afloraron en su obra cumbre, *Orígenes del español*; encontró los canales antiguos escondidos que fueron a dar al romancero; o sacó a luz cómo la savia tradicional nutrió el “arte nuevo” de Lope; o la gran subterrneidad de la desaparición de f- (inicial) en caste-

llano durante muchos siglos. Cada uno de esos hallazgos puso al descubierto lo que parecía “latente”. Con esa idea de “latencia” se evoca la existencia de un flujo de hechos culturales que permite que las consecuencias literarias o lingüísticas se produzcan a varios siglos de sus antecedentes o causas (Alonso, 1979, 41).

Pero a pesar de que hay muchas semejanzas en la manera de proceder en su trabajo y en su visión de España por parte de las abejas que trabajaban en la colmena del *Centro de Estudios Históricos*, también surgieron diferencias en las percepciones y en la acción cultural de esos humanistas, que hicieron paisaje de la historia y convirtieron al paisaje en historia, en expresión de Javier Varela.

Esas diferencias vinieron dadas, entre otras razones, porque el *Centro* fue un espacio intergeneracional y, a pesar de los elementos de cohesión que existían en él, diferentes eran las sensibilidades y la actitud ante los problemas de España de quienes pertenecían a los diferentes grupos generacionales del 98, como Menéndez Pidal, del 14, como Américo Castro y Tomás Navarro Tomás, y del 27, como Rafael Lapesa.

De hecho, cuando se desató la guerra civil, los integrantes del CEH abrazaron todo el abanico de actitudes posibles en esa coyuntura, como ha mostrado Prudencio García Isasti en un artículo en el que ha intentado hacer un análisis y valoración de las actividades del CEH durante la guerra civil. Téngase en cuenta que el CEH vivió una edad de oro durante la II República. Dispuso de más recursos. Se ampliaron las secciones existentes: Filología, Arte, Arqueología y Estudios Medievales, dirigidas respectivamente por Menéndez Pidal, Elías Tormo, Manuel Gómez Moreno y Claudio Sánchez Albornoz. Y se crearon otras nuevas: en 1933 la de Literatura contemporánea, dirigida por Pedro Salinas, que editaba el *Índice Literario* y la de Estudios Hispanoamericanos, dirigida por Américo Castro, que editaba la revista *Tierra Firme*<sup>8</sup>; y en 1935 se creó el Instituto de Estudios Clásicos, dirigido por el italiano Julián Bonfante, que editó la revista *Emérita*.

Al sobrevenir la sublevación fascista el *Centro* se desintegró, y sus integrantes adoptaron todas las actitudes imaginables ante un conflicto fratricida que alguno de ellos había anticipado en páginas como las escritas por Moreno Villa en su artículo “Yo los mataba a todos”, publicado el 26 de enero de 1935. Diversos jefes de sección se encontraban fuera de Madrid por diversos motivos, y la mayor parte emprendió durante la guerra el camino del exilio. Menéndez Pidal estaba veraneando en San Rafael, volvió a Madrid, salió en diciembre junto con el doctor Marañón, y retornó concluida la guerra. Algún otro, como Gómez Moreno y el colaborador de la sección de Arte y subdirector del Museo del Prado Manuel Sánchez Cantón, se quedaron en Madrid y lograron trabajar casi sin interrupción durante todo el conflicto bélico. Los más jóvenes empuñaron las armas: unos vestidos con el mono azul para defender la República, como Rodríguez Moñino, becario de la sección de Estudios Hispanoamericanos, o el

---

<sup>8</sup> Un análisis de esa publicación en López-Ocón (1998).

también colaborador de esa sección, Ramón Iglesia, que llegó a ser comisario de una de las unidades del ejército republicano; otros se vistieron con la camisa azul falangista para implantar el nuevo orden, como le sucedió al colaborador del Instituto de Estudios Clásicos Antonio Tovar. Alguno perdió la vida en la retaguardia, como el redactor de *Emérita* y becario del Instituto de Estudios Clásicos, Pedro del Río Pérez, por no ser adicto a la República. Otros asumieron altas responsabilidades en el esfuerzo cultural que desplegó la República durante la guerra, como sucedió con el brazo izquierdo de Menéndez Pidal, Tomás Navarro Tomás.

Este gran filólogo<sup>9</sup>, creador de un importante laboratorio de Fonética, director del Atlas lingüístico de España, organizador del “Archivo de la Palabra”, fue quien hizo el brindis en el banquete que organizó el Quinto Regimiento, el 23 de noviembre de 1936, para despedir a una pléyade de científicos y creadores que iban a ser evacuados a Valencia en las horas siguientes. Ahí estaban, entre otros, entremezclados científicos y humanistas: Antonio Machado, que tiempo después cruzaría los Pirineos para morir en tierras francesas apoyado en los hombros de su amigo Navarro Tomás; el notable histólogo Pío del Río Hortega, uno de los discípulos predilectos de Ramón y Cajal; el director y el jefe de la sección de Química Orgánica del Instituto Nacional de Física y Química, respectivamente, Enrique Moles y Antonio Madinaveitia; el presidente de la Sociedad Española de Física y Química, Arturo Duperier Vallesa; los siquiátras Miguel Prados Such y José María Sacristán; y el investigador de temas artísticos, poeta y pintor, José Moreno Villa, quien ha dejado una estampa buñuelesca de ese viaje de huida de Madrid a Valencia, tras haber firmado un manifiesto en el que reafirmaban su patriotismo: “Jamás nosotros (...) nos hemos sentido tan profundamente arraigados a la tierra de nuestra patria; jamás nos hemos sentido tan españoles como en el momento en que los madrileños que defienden la libertad de España nos han obligado a salir de Madrid, para que nuestra labor de investigación no se detenga, para librarnos en nuestro trabajo de los bombardeos que sufre la población civil de la capital de España”.

Navarro Tomás, en los meses previos a ese brindis, había ido acumulando responsabilidades: desde fines de agosto era secretario de la JAE, desde el 23 de octubre fue nombrado director de la Biblioteca Nacional. Y en los meses siguientes, desde la Casa de Cultura de Valencia, “centro neurálgico de la reconstrucción republicana en el área de la alta cultura”, tuvo un papel muy destacado en las labores de protección del patrimonio cultural y de salvamento de los tesoros del Museo del Prado y en la reactivación del *Centro de Estudios Históricos*. En esta tarea, para la que puso particular empeño desde Valencia entre diciembre de 1936 y julio de 1937, contó con la ayuda inestimable de Rafael Lapasa, que asumió en Madrid la función de director accidental

---

<sup>9</sup> Sobre la obra científica de este filólogo ver, por ejemplo, la sección que le dedicó la *Revista de Estudios Hispánicos* de la Universidad de Puerto Rico. Año 1, n° 1-2, enero-junio 1971, donde, entre otros, se incluye el trabajo de Alonso Zamora Vicente, “Tomás Navarro Tomás, fonetista, dialectólogo”, pp. 137-140 y la Bibliografía de don Tomás Navarro Tomás, de Luis de Arrigoitia, pp. 141-150.

del CEH, según ha mostrado García Isasti (1996). Impulsado por el espíritu machadiano de “defensa de la cultura” elaboró, según era práctica común en el CEH, un programa de actividades para el año de 1937, animó la reanudación inmediata de publicaciones, entre las que cabe destacar el número doble correspondiente a los dos últimos trimestres de 1936 de la revista *Tierra Firme*, y alentó la publicación de la edición crítica del tratado de San Ildefonso, *De Virginitate Beatae Mariae*, realizada en Madrid en marzo de 1937 por un colaborador del CEH, el sacerdote Vicente Blanco, obra que Navarro Tomás hizo circular por el mundo para deshacer los ataques anticlericales contra la República española, mereciendo esa edición un elogioso editorial del *Washington Post*. Pero a partir de agosto de 1937 el CEH ya no pudo remontar el vuelo. A fines de ese año solo quedaban diez personas en nómina. Ciertamente, en 1938 Navarro Tomás y Dámaso Alonso compartieron sueños, animados por el ejemplo de los soldados que resistían la ofensiva de Franco en el Ebro: si aquél aún proyectaba publicar un artículo en la *Revista de Filología Española*, Dámaso Alonso, en quien se pensó para dirigir un nuevo *Centro de Estudios Históricos* en Valencia, aspiraba por su parte a hacer una edición crítica del *Polifemo* de Góngora. No obstante, la suerte estaba echada ya para la España republicana, en la que la falta de papel era un grave obstáculo para cualquier actividad editorial. Con el fin de la guerra civil el *Centro* desapareció como institución investigadora y como plataforma de acción cultural junto a todo el andamiaje construido tan laboriosamente por la JAE.

### **Las redes de un conglomerado de laboratorios y su papel en la renovación educativa de las Ciencias Humanas y Sociales**

A pesar de los avances historiográficos realizados en el conocimiento del *Centro de Estudios Históricos*, algunas de cuyas últimas manifestaciones han sido el libro de alta divulgación de Fernando Rodríguez Mediano (2002), dedicado a glosar la trayectoria intelectual de tres de los impulsores del *Centro* como fueron Ramón Menéndez Pidal, Manuel Gómez-Moreno y Miguel Asín Palacios, y la tesis doctoral de José María López Sánchez<sup>10</sup>, se hace necesario conocer mejor los mecanismos que tuvo el CEH para hacer circular los hechos científicos construidos en sus laboratorios. Esa circulación se hizo mediante el despliegue de redes de comunicación que permitieron trasladar los resultados de las investigaciones hechas en el CEH a los diversos públicos con los que se relacionan los científicos: sean los pares o colegas, los representantes de los poderes, o la ciudadanía en su conjunto.

Sabemos, en efecto, que los investigadores en su práctica de trabajo son actores sociales que organizan redes para hacer circular los hechos científicos que fabrican en

---

<sup>10</sup> *Las Ciencias Sociales en la Edad de Plata española. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*. Tesis doctoral leída en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense, dirigida por L. Enrique Otero. Una versión actualizada de esta investigación será publicada próximamente por Marcial Pons.

su laboratorio. Para seguir el funcionamiento de esas redes hay que tener en consideración cuestiones como las siguientes. El científico (y/o el humanista) desde su laboratorio emprende una estrategia hacia el mundo exterior como cualquier ministro de Asuntos Exteriores, pues lleva a cabo negociaciones a larga distancia y envía “emisarios” para influir sobre el mundo exterior. Esos emisarios actúan como portavoces de los productos fabricados en el laboratorio. Tales portavoces permiten la intervención del laboratorio en la sociedad, pues su función principal es captar la atención de la opinión pública y convencer al público. Los científicos (y/o humanistas) gastan, por tanto, gran parte de sus energías en lograr consensos sociales en torno a los hechos y teorías que producen en sus laboratorios. Esas redes construidas desde los laboratorios se extienden, pues, a través del espacio y del tiempo, ya que la fabricación de los hechos es un proceso continuo y la movilización de las redes, basada en la negociación, es permanente. En esa movilización el investigador despliega una serie de operaciones encadenadas, que abarcan desde el aprovisionamiento de materias primas hasta la producción de artículos científicos destinados a convencer a los lectores críticos. Es esa movilización la que da a los hechos su solidez, ya que ésta se basa tanto en el reconocimiento que se otorga a la competencia de los investigadores que producen el hecho, como en el interés que manifiestan los usuarios respecto a esos hechos, aunque la solidez del hecho científico se obtiene más fácilmente si se inscribe en una tradición sólidamente establecida, dado que una proposición novedosa suscita todo tipo de resistencias. De manera que el investigador debe probar la resistencia de sus proposiciones y medir el interés que suscitan confrontándose con un espacio público de discusión, pues es a través de ésta como se juzga la solidez de los hechos y su interés.

Así, al reconstruir las redes del CEH por las que circularon los productos que crearon sus integrantes, hay que prestar atención, según la especificidad de los públicos a los que se dirigieron, a tres tipos de redes de distribución de esos conocimientos: a las redes de corresponsabilidad, que los pusieron en relación con sus pares y colegas; a las redes de patronazgo, que les vincularon con los poderes políticos o económicos; y a las redes de popularización, que los unieron con elementos de la ciudadanía.

El seguimiento de esas redes de corresponsabilidad, visible a través de las correspondencias que unen a los colegas que comparten paradigmas, programas de investigación y preocupaciones teóricas o un estilo de pensamiento colectivo, permitiría analizar cómo se gestó y se consolidó el flujo de autoridad que emanó de la obra de sus integrantes, y haría posible ver desde una nueva perspectiva la construcción de la Escuela Española de Filología.

La reconstrucción de las redes de patrocinio por las que el *Centro de Estudios Históricos* encontró recursos y aliados para promover sus investigaciones se ha de hacer profundizando en las relaciones que entablaron sus integrantes con los poderes políticos, económicos y universitarios. No es baladí, por ejemplo, el hecho de que integrantes del *Centro* ocupasen puestos de responsabilidad en la dirección cultural del Estado a la caída de Primo de Rivera, como ocurrió con Elías Tormo y

Gómez Moreno, ministro de Instrucción Pública y director de Bellas Artes, respectivamente; o durante la República, en la que, por ejemplo, los integrantes del CEH monopolizaron la gestión de la Universidad Internacional de Verano de Santander, de la que Ramón Menéndez Pidal era presidente, Pedro Salinas secretario, y Américo Castro uno de los vocales, mientras otro miembro del CEH, Ricardo de Orueta, fue también nombrado Director General de Bellas Artes. De hecho, como el mismo Navarro Tomás reconoce, su iniciativa del “Archivo de la Palabra” no hubiese cuajado sin disponer del apoyo económico de los directores de Bellas Artes, Gómez Moreno y Ricardo de Orueta, que eran sus colegas del CEH.

Y, finalmente, las redes de popularización son las que nos conducirían a evaluar la recepción que hizo la sociedad española de la labor de esos cultivadores de las Ciencias Humanas. Gracias a una activa presencia en la prensa, en el mundo editorial y en suma, en la vida social, los integrantes del *Centro* procuraron hacer una gran proyección social de su obra. Este fenómeno es bien conocido, con manifestaciones como, por ejemplo, la edición que hicieron de los “Clásicos Castellanos” en la editorial de La Lectura, con la que contribuyeron a crear un canon de la literatura española aún hoy en día vigente en gran parte (Fox, 1997, pp. 102 y 104). Pero lo que está por estudiar es calibrar el interés que suscitó su obra investigadora en la opinión pública, que se podría rastrear a través de los muchos artículos de prensa que se dedicaron al *Centro de Estudios Históricos* o a los trabajos de sus integrantes, o siguiendo las percepciones y las manifestaciones de portavoces de la labor que se hacía en el *Centro* como pueden ser los testimonios elogiosos hechos a Menéndez Pidal por parte, entre otros, de Azorín y García Lorca (1927)<sup>11</sup>.

Rehacer esas redes nos debería llevar a considerar la polifacética y poliédrica productividad del CEH, considerándolo tanto como un enjambre, es decir, como un todo, y prestando atención a la labor de cada una de las laboriosas abejas de ese enjambre, rehaciendo el haz de los múltiples quehaceres de cada uno de sus elementos. Un conjunto de tareas que uno de sus miembros, José Moreno Villa (1944, pp. 95-96), esquematizó en forma de rosa, cuando autoanalizó las actividades que llevó a cabo entre sus 40 y 50 años y que, curiosamente, coincide, *grosso modo*, con el modelo del rosetón que algunos sociólogos de la ciencia han usado para definir la complejidad de las actividades científicas y la multiplicidad de redes que pone en circulación un científico para construir su obra (Latour y Polanco, 1990).

Habría que profundizar, por ejemplo, en la labor desarrollada por Rafael Altamira en el seminario que impulsó en el *Centro* entre 1910 y 1918 sobre “Metodología de la historia para renovar la didáctica de las Ciencias Sociales”. Como han mostrado Juan

---

<sup>11</sup> Particularmente, en la p. 519 dice: “El insigne Menéndez Pidal dice que el humanismo “abrió” los ojos de los doctos a la comprensión más acabada del espíritu humano en todas sus manifestaciones, y lo popular mereció una atención digna e inteligente, como hasta entonces no había logrado. Prueba de esto es el cultivo de la vihuela y los cantos del pueblo por grandes músicos, como Luis Milán y Francisco Salinas, amigo de Fray Luis de León”.

Mainer y Julio Mateos (2007) al principio Altamira estableció como prioridad “la formación de un plan de investigaciones y un programa de enseñanza de la Historia de España en el siglo XIX”; prestando más adelante atención a la lectura, discusión y análisis crítico de obras de metodología didáctica de la historia, ejemplares, catálogos y exposiciones de material para la enseñanza de la historia, y métodos y programas experimentales de historia. Las redes desplegadas desde ese seminario influyeron en la labor docente de un cualificado plantel de pedagogos y docentes, entre los que cabe destacar a: profesoras y/o alumnas de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, como Magdalena de Santiago Fuentes (1873-1922), quien coordinó un libro de lecturas de Historia de España, con textos y documentos originales, Ángela Carnicer y Concepción Alfaya; catedráticos de Instituto, como Antonio Jaén Morente, autor de textos y lecturas históricas, y Leonardo Martín Echevarría, autor de una *Geografía de España*, editada por primera vez en Labor en 1928, manual de consulta en Institutos de toda España, y quien luego sería una influyente personalidad política en la etapa republicana; catedráticos universitarios como José M<sup>a</sup> Ots Capdequí, José Deleito Piñuela y Eugenio López Aydillo; e inspectores de primera enseñanza como Lorenzo Luzuriaga, líder del movimiento pedagógico denominado escolanovismo, quien durante su permanencia en el *Centro* trabajó en su libro *Documentos para la historia escolar de España*, publicado por el CEH en dos tomos en 1916-1917.

Así pues, la tarea que queda por hacer es ingente, merecedora de un trabajo en equipo, pero incitante, pues no cabe duda que los integrantes del viejo *Centro de Estudios Históricos* aún viven a nuestro lado gracias a sus escritos, que ciertamente no nos hablan *per se*, sino que requieren una fina labor hermenéutica, un “riguroso compromiso de acompañar la muda soledad de la letra con un discurso que, paralelamente, vaya despertando el sentido oculto o, simplemente, vaya adquiriendo la responsabilidad de saber preguntar a la escritura y saber entender lo que quiere decir, en el largo horizonte del tiempo” (Lledó, 1991, 25). De esa manera se podrían captar los latidos concretos del tiempo en que fueron engendrados los escritos de aquel *Centro de Estudios Históricos*, lugar de la memoria, donde como apreciara Ortega y Gasset “se condensa la atención sobre el pasado, se pasa sobre el pasado, que es la manera de hacerlo fecundo, como se pasa sobre la vieja tierra con el arado e hiriéndola con el surco se la fructifica”<sup>12</sup>.

## Referencias bibliográficas

- ABAD NEBOT, F. (1986). *Diccionario de lingüística de la escuela española*. Madrid: Gredos.  
ALONSO, D. (1979). “Pluralidad y unidad temáticas en la obra de Menéndez Pidal”. En: Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza (ed.) *¡Alça la*

---

<sup>12</sup> Palabras de José Ortega y Gasset, en “Concepto de la Historia”. Voz y texto en *Archivo de la Palabra*. Trabajos realizados en 1931 por Tomás Navarro Tomás. Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes/CSIC, 1990. Transcripción en p. 53. Reproducido también en *Historia como sistema*, Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente, (7<sup>a</sup> ed.), 1975, p. 82.



- voz, *pregonero! Homenaje a D. Ramón Menéndez Pidal*, pp. 17-42, Madrid: Cátedra-Seminario Menéndez Pidal.
- CALLON, M. (ed.) (1989). *La science et ses réseaux. Genèse et circulation des faits scientifiques*. Paris: La Découverte/Unesco.
- CLARET MIRANDA, J. (2006). *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*. Barcelona: Crítica.
- DÍAZ PLAJA, G. (1967). "Menéndez Pidal, intelectual de la Restauración". Capítulo de *Las lecciones amigas* (pp. 15-29). Barcelona: E.D.H.A.S.A.
- FOX, I. (1997). *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*. Madrid: Editorial Cátedra.
- GARCÍA DE VALDEAVELLANO, L. (1978). "En la muerte de don Ramón Menéndez Pidal (1869-1968)", capítulo de *Seis semblanzas de historiadores españoles*, pp. 139-156. Sevilla: Universidad de Sevilla. Facultad de Filosofía y Letras.
- GARCÍA ISASTI, P. (1996). "El Centro de Estudios Históricos durante la guerra civil española (1936-1939)". *Hispania*, LVI/3, nº 194, 1071-1096.
- GARCÍA LORCA, F. (1927). "La imagen poética de don Luis de Góngora". Reproducido en "Apéndice lírico" a Jiménez Fraud, A. (1971), *Historia de la Universidad Española* (pp. 517-520). Madrid: Alianza Editorial.
- GLICK, T. F. (1994). "Ciencia, política y discurso civil en la España de Alfonso XIII". En: Gortázar, G. (ed.), *Nación y Estado en la España liberal* (pp. 255-275). Madrid: Noesis.
- GONZÁLEZ PALENCIA, A. (1940). "El Centro de Estudios Históricos". En: *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza* (pp. 192, 194-195). San Sebastián: Editorial Española.
- JIMÉNEZ FRAUD, A. (1971). *Historia de la Universidad Española*. Madrid: Alianza Editorial.
- LAFUENTE, A. y LÓPEZ-OCÓN, L. (1997). "Le transfert des pratiques scientifiques et techniques dans le contexte de la science-monde". En: Gouzevitch, I. y Bret, P. (eds.), *Naissance d'une communauté internationale d'ingénieurs (Actes des journées d'étude 15-16 décembre 1994)* (pp. 7-19). Paris: Centre de Recherche en Histoire des Sciences et des Techniques/Cité des Sciences et de l'Industrie.
- LAPESA, R. (1979). "Menéndez Pidal, creador de escuela: el Centro de Estudios Históricos". En: Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza (ed.), *¡Alça la voz, pregonero! Homenaje a Don Ramón Menéndez Pidal* (pp. 76-77). Madrid: Cátedra-Seminario Menéndez Pidal.
- LATOUR, B. y POLANCO, X. (1990). "Quelques remarques à propos de l'histoire sociale des sciences. Le modèle de la rosace". En: Polanco, X. (coord.), *Naissance et développement de la science-monde. Production et reproduction des communautés scientifiques en Europe et en Amérique latine* (pp. 53-66). Paris: Editions la Découverte-Conseil de l'Europe-Unesco.
- LLEDÓ, E. (1991). *El silencio de la escritura*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- LÓPEZ-OCÓN CABRERA, L. (1998). "La ruptura de una tradición americanista en el CSIC: la evanescencia de la revista *Tierra Firme*". *Arbor*, vol. 160, nº 631-632, pp. 387-411.
- LÓPEZ-OCÓN CABRERA, L. (1999). "El Centro de Estudios Históricos: un lugar de la memoria". *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, II época, nºs 34-35, 27-48.
- LÓPEZ-OCÓN CABRERA, L. (2003). *Breve historia de la ciencia española*, Madrid: Alianza.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, J. M. (2004). *Las Ciencias Sociales en la Edad de Plata española. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*. Tesis doctoral. Departamento de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid.

- MAINER, J. y MATEOS, J. (2007). “Los inciertos frutos de una ilusionada siembra. La JAE y la Didáctica de las Ciencias Sociales”. En: Viñao, A. (dir.), Número extraordinario de la *Revista de Educación* sobre “Reformas e innovaciones educativas en la España del primer tercio del siglo XX. En el centenario de la JAE”. (En prensa).
- MORENO VILLA, J. (1944). *Vida en claro. Autobiografía*. México: El Colegio de México.
- NARANJO, C., LUQUE, M<sup>a</sup> D. y PUIG-SAMPER, M. A. (coord.) (2002). *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*. Madrid: CSIC-Universidad de Puerto Rico. Ríos Piedras.
- NAVARRO TOMÁS, T. (1968-1969): “Don Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos”. *Anuario de Letras*, VII, 9-24.
- PORTOLÉS, J. (1986). *Medio siglo de filología española (1896-1952): positivismo e idealismo*. Madrid: Cátedra.
- RODRÍGUEZ MEDIANO, F. (2002). *Pidal, Gómez-Moreno, Asín. Humanismo y progreso. Romances, monumentos y arabismo*. Madrid: Nivola.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, C. (1982). “Mi deuda con Asín”. En: *Dípticos de Historia de España* (pp. 33-40). Madrid: Espasa-Calpe (Publicado originalmente en *La Prensa*, Buenos Aires, 1944).
- VARELA, J. (1993). “La tradición y el paisaje: El Centro de Estudios Históricos”. En: Tuñón de Lara, M. (dir.), *Los orígenes culturales de la II República (IX Coloquio de Historia Contemporánea de España)* (pp. 237-273). Madrid: Siglo XXI.

**Correspondencia con el autor:**

Leoncio López-Ocón Cabrera  
Instituto de Historia (CSIC)  
Duque de Medinaceli 6, 28014 Madrid  
e-mail: “director.ih” <ihd300@csic.es>